



I N M E M O R I A M

Capitán CAMILO RIAÑO

Discurso pronunciado el 7 de agosto en la Avenida de Chile en homenaje a los héroes de la Independencia: General de División José María Córdoba, Coronel Juan José Rondón, Teniente Coronel Atanasio Girardot y Capitán Antonio Ricaurte.

Honorables Miembros de la Academia Colombiana de Historia y de la Sociedad Bolivariana de Colombia, Señores Oficiales Superiores de las Fuerzas Militares, Compañeros de Armas, Señoras, Señores:

Año tras año, generación tras generación, hemos venido los colombianos, ante los bronceos que nuestra gratitud ha levantado a los hombres que nos dieron la libertad, a dar testimonio del afecto y veneración que sentimos por quienes por sus virtudes heroicas hicieron posible la creación de esta nación soberana e independiente, patria nuestra, amable y generosa.

Y hoy, fecha grande en los anales de nuestra historia, porque fue rubricada con sangre en el campo de batalla más famoso de la gesta magna, Boyacá, nos hemos reunido representantes de todos los valores de la nacionalidad para rendir tributo de admiración, al heroísmo de cuatro ciudadanos grancolombianos que no dudaron en ofrendarlo todo por el bien de la patria: Girardot, Ricaurte, Rondón y Córdoba, paladines excelsos de nuestra Colombia inmortal.

En las difíciles circunstancias que estamos atravesando, en que tantos conceptos destructivos de las bases fun-

damentales de una nacionalidad, todos ellos contrarios a los más elevados valores morales que hicieron posible la victoria de nuestros libertadores, atentan contra el sólido edificio de Colombia, es necesario en el altar de la patria avivar el fuego sagrado de nuestros dioses penates. Consideraban los antiguos deshonrada la familia, la ciudad o la nación que dejase extinguir ese culto de sus ancestrales fundadores, de sus héroes legendarios y se me antoja que en nuestro tiempo es más necesario que nunca, avivar la tremulante llama que alienta en nuestros corazones, para seguir con decisión en esa empresa de común destino, la grandeza de Colombia.

Hacer el elogio de estos cuatro prohombres es meditar en ese clímax, en el orden del sentimiento, que se llama heroísmo, porque estos ciudadanos fueron solamente héroes. No tuvieron otro título; pero ese solo les basta porque es el más hermoso, ya que el héroe sintetiza los valores sentimentales de una raza y Girardot, Ricaurte, Rondón y Córdoba condensan los atributos espirituales y físicos de esta nueva sangre, surgida de la concreción de las otras: la raza americana.

Preciso es, pues, en esta hora, en esta celebración anual, enaltecer la virtud del heroísmo, flor excelsa de la verdad, de la fe en el ideal y de la voluntad en el sacrificio como prenda de recuperación que a tan gran altura brilló en ellos. "Grandes efectos proceden de gran causa, y portentos de hazañas de un prodigio del corazón", escribió el padre Baltazar Gracián en sus tratados.

Pero lo que más asombra es que hombres solos y a menudo desamparados y rodeados de circunstancias adversas y aún mortales, puedan triunfar como los héroes han triunfado. Y es maravilloso que puedan tras luchas y angustias sin cuento, convencer, despertar a los suyos, asociarlos a su obra. Pero lo es en grado extremo que pocos siempre, en comparación de sus poderosos enemigos, puedan imponerse en un mundo donde los más se refugian en la mentira. Aquí es donde aparece su valentía. El héroe es valiente porque tiene fe en su idea; porque la evidencia de su idea le comunica una fuerza sobrehumana; él es el verdaderamente invencible, porque tiene la fortaleza que es una virtud del alma. Los otros son en realidad los débiles, porque nada los sostiene en su vida interior, porque su mentira es vacío y nulidad; y no disponen más que de la fuerza bruta, es decir, en último término, de la suprema debilidad, flaqueza de flaquezas. Se rodean de baluartes de fuerza porque saben que el héroe no tiene miedo y ellos sí lo tienen. Todo eso y con hallarse solo o tan poco acompañado, les lleva de ventaja el héroe a sus enemigos.

El valor personal que acompañó a estos Prometeos los llevó a considerar su muerte como el hecho más importante de su vida, porque no se es héroe casualmente, ya que manteniéndose en estrecho contacto con el peligro llegaron a la cumbre excelsa del martirio

en aras de su ideal, fecundo ya por sus acciones y servicios, y si en el caso de Rondón, la muerte no lo acompañó en las peligros, fue por su incapacidad para seguirlo en el arrojo y en la atropellada.

En ellos esta cualidad primaria del hombre, no fue signo de barbarie mental sino de grandeza moral pues arreglaron su conducta para no temer al sacrificio sino para ser superiores a Atropos; crearon una superestructura de ese sentimiento primitivo y se lanzaron a la epopeya con un escudo inquebrantable, el valor moral y una llama en su corazón, el amor a su patria, encarnación del amor a sus semejantes oprimidos.

Recordemos ya que viene al caso, la frase inmortal del gran maestro de la prosa clásica castellana, Antonio de Solís: "Fáciles son siempre al temor los que se precian de temidos". Temen porque son débiles ya que aún cuando con sus armas de material logren destruir físicamente al héroe, no lo pueden espiritualmente, ni menos, y esto es lo maravilloso, antes de que esta haya logrado, aunque sea, poner en camino de plena victoria su ideal, no destruíble por todas las fuerzas materiales que puedan conjurarse contra él mismo. Sacrificado, moribundo, mártir, es decir testigo para siempre de su idea, será más fuerte que todos y juez severísimo que con un solo testimonio los condenará a la picota por todos los siglos.

Es de pigmeos, el temor a la muerte el olvido a su cierta presencia. En la estructuración de superioridad moral de las almas heroicas es fácil seguir con Tomás de Kempis su posición espiritual, que no es otra que esta: hemos de morir; entonces, si morir por morir, es más meritorio y satisfactorio sacrificar la vida en aras del ideal. No puede existir temor para una con-

ciencia así dispuesta tranquilamente para el sacrificio. . . . Y muriendo de este modo, en holocausto, "vivirán eternamente los que mueren por la patria".

Es en esta convicción en que aparecen en los hombres superiores la satisfacción de los actos de la conducta y la serenidad en el supremo sacrificio, en todos los tiempos, desde el griego Sócrates bebiendo la cicuta hasta el estoicismo de Séneca y de los mártires del cristianismo lanzados a la voracidad de las fieras en el sangriento coliseo romano.

He querido hacer las anteriores consideraciones atendiendo el consejo del gran Bossuet quien en su examen de las Revoluciones nos dice: "En todas las cosas existe lo que las prepara, lo que determina emprenderlas y lo que las hace triunfar y el que desee comprenderlas a fondo debe mirarlas de más alto". Recordemos ahora las acciones heroicas que cambiaron el lento curso de la vida sojuzgada de la Nueva Granada y produjeron el albor esplendoroso de nuestra libertad.

La solidaridad de los pueblos hispanoamericanos, hermanos en sangre y en cultura, está representada en la conducta de estos titanes que conducidos por el genio inmortal del Libertador, cruzaron el territorio de las naciones bolivarianas en un continuo ondear de banderas victoriosas simbolizando nuestra hermandad y nuestra lucha en defensa de los ideales trazados por nuestra común historia.

Allá van en 1813, en la Campaña Admirable, Girardot y Ricaurte, en la pléyade de 600 granadinos, emulándose en bravura en Carache, Los Horcones y Taguanes. Mimados de la gloria, Caracas los aclama delirante cuando en pos del Genio, la victoria conduce en triunfo a sus protegidos, aquel 7 de Agosto en que América ungió a su

Libertador. Allá deja Girardot su cuerpo exánime sobre las alturas del Bár-bula como peana de su bandera victoriosa que desde el proceloso mar enviara Cartagena como símbolo de nuestra independencia y soberanía. Antorcha del ideal, "Vivió para su patria un solo instante, vivió para su gloria demasiado".

Más allá Ricarte se ofrenda en los días aciagos para la libertad en holocausto sublime por nuestros ideales sobre el altar de la patria que su amor y devoción a Colombia erigieron en San Mateo. Su sacrificio mantendrá estupefactas a las generaciones así como a las encarnizadas huestes de Bo-ves que no pudieron comprender la grandeza de su alma, capaz de anteponerlo todo al cumplimiento de su deber y su lealtad a la República. La constelación gloriosa que sus átomos formaran al llegar a la eternidad, iluminará por siempre el amado cielo de Colombia.

La inmensidad del llano con sus altivos morichales y los enhiestos y majestuosos Andes contemplaron extasiados al épico centauro venezolano Juan José Rondón, cuya macana arrolladora relampagueará victoriosa sobre el Pantano de Vargas, ante la admonición sublime del Caudillo: "Coronel, salve usted la patria".

Bogotá lo recibió admirada y lo coronó de gloria. Por eso ha querido que su estatua esté por siempre presente con las de los Paladines Granadinos en esta magnífica avenida que nuestra solidaridad ha consagrado a la estoica y volerosa nación Chilena.

José María Córdoba, el héroe antioqueño, es el máximo exponente colombiano de nuestra contribución a la libertad de los países del sur. Quito y Guayaquil, Lima y el Cusco, La Paz y Potosí se sintieron avasallados ante la gloria del precoz General que plas-

mara en el escudo de la Infantería colombiana, allá en Ayacucho, el conjuro mágico de su arenga inmortal: "Paso de Vencedores".

Tenía que morir asesinado a manos de un extraño a nuestro pueblo, víctima de la violencia y de los odios que desde el principio de nuestra vida independiente se enseñorearon en nuestro suelo para segar vidas colombianas. La muerte no podía hacerlo suyo de otra manera; Minerva enamorada del semidiós colombiano era su compañera inseparable en los combates.

Las invictas armas de estos astros del firmamento épico colombiano, lanzarán perennemente sus destellos sobre las páginas de nuestra historia como testimonio de la altura heroica de quienes las empuñaron para honra y prez de esta joven nación, siempre amante de la libertad y de los prin-

cipios que dignifican al hombre, patrimonio que defenderemos porque constituye el preciado legado de nuestros mayores que quisieron para nosotros una patria libre y soberana.

General de División José María Córdoba, Coronel Juan José Rondón, Teniente Coronel Atanasio Girardot, Capitán Antonio Ricaurte, Colombia os contempla con admiración y enseña orgullosa vuestras cimeras figuras a las generaciones presentes y futuras que encuentran en vosotros y en vuestra sin par conducta el máximo ejemplo de amor y devoción a la república que con vuestro sacrificio ayudásteis a formar y las Fuerzas Militares de Colombia, que os consideran entre sus máximos exponentes, honran vuestra memoria presentándoos sus armas en este día consagrado al recuerdo de quienes lo sacrificaron todo por nuestra libertad.

"He creído una justicia nombrar al General Córdoba sobre el campo de batalla, y a nombre de usted y de Colombia, General de División. Córdoba se ha portado divinamente; él decidió la batalla... Si he hecho mal, mi General, dispéñeme. Me he creído autorizado por la amistad de usted, por la justicia y por la victoria... No he podido renunciar a los premios debidos a aquellos que han dado en una batalla la libertad al Perú y la paz a América... Adiós, mi General. Esta carta está muy mal escrita y embarrulladas todas las ideas; pero en sí vale algo; contiene la noticia de una gran victoria y la libertad del Perú. Por premio para mí pido que usted me conserve su amistad".

Sucre a Bolívar (O'Leary, tomo I de Documentos).